

Capítulo 4

Violencia y complejidad: una aproximación desde la seguridad*

DOI: <https://doi.org/10.25062/9786287818385.04>

Brandon René Barrientos Martínez

Escuela Superior de Guerra "General Rafael Reyes Prieto"

Resumen: La violencia es un fenómeno multifacético y complejo que ha sido abordado por múltiples disciplinas. Esta diversidad de enfoques ha facilitado una comprensión más integral de su naturaleza y su papel en la sociedad. Sin embargo, para entender plenamente su impacto en el Estado y sus dinámicas de seguridad, se requiere un análisis más profundo. El objetivo de este capítulo es propiciar una reflexión crítica y exhaustiva sobre el fenómeno de la violencia, abordando tanto su conceptualización teórica como las metodologías empleadas para su análisis empírico. Metodológicamente, se adoptó un diseño cualitativo con un enfoque descriptivo, lo cual permitió una aproximación profunda y contextualizada que facilita la elucidación de las múltiples dimensiones y manifestaciones de la violencia. Como conclusión, se destaca la imperiosa necesidad de trascender las fronteras disciplinares en el estudio de la violencia, propiciando así una comprensión holística, profunda y plural del fenómeno. Asimismo, se subraya la relevancia de la cultura de paz como una estrategia epistemológica y práctica fundamental, que no solo contribuye a la interpretación más cabal del fenómeno, sino también a la formulación de políticas y acciones eficaces orientadas a la prevención, mitigación y resolución de la violencia en distintos contextos sociales y políticos.

Palabras clave: Complejidad, cultura de paz, Estado, seguridad, violencia.

*Capítulo de libro resultado del proyecto de investigación *Cultura de paz y su relación con la seguridad en el hemisferio occidental*, desarrollado por el grupo Masa Crítica de la Escuela Superior de Guerra "General Rafael Reyes Prieto", clasificado en la categoría A1 por el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación (Minciencias), y registrado con el código COL0123247. Los puntos de vista y los resultados presentados son responsabilidad de los autores y no reflejan necesariamente la posición de las instituciones participantes.

Brandon René Barrientos Martínez

Magister en Educación y, Profesional en Relaciones Internacionales y Estudios Políticos, Universidad Militar Nueva Granada, Colombia. Investigador del Centro Regional de Estudios Estratégicos en Seguridad (CREES), Escuela Superior de Guerra "General Rafael Reyes Prieto", Colombia. <https://orcid.org/0000-0003-3403-5407>
Contacto: brandon.barrientos@esdeg.edu.co

Citación APA: Barrientos Martínez, B. R. (2025). Violencia y complejidad: una aproximación desde la seguridad. En A. Cerón Rincón y V. Torrijos. (Eds.). *Cultura de paz: reflexiones desde la noción de seguridad* (pp. 75-98). Sello Editorial ESDEG. <https://doi.org/10.25062/9786287818385.04>

CULTURA DE PAZ: REFLEXIONES DESDE LA NOCIÓN DE SEGURIDAD

ISBN impreso: 978-628-7818-37-8

ISBN digital: 978-628-7818-38-5

DOI: <https://doi.org/10.25062/9786287818385>

Colección Derechos Humanos y DICA

Sello Editorial ESDEG

Escuela Superior de Guerra "General Rafael Reyes Prieto"

Bogotá D.C., Colombia

2025



Introducción

Aunque no existe una definición universalmente aceptada, la violencia puede entenderse como un fenómeno omnipresente (Robles, 2004). Este concepto se manifiesta en una amplia variedad de contextos culturales, desde la violencia de género hasta los conflictos armados en distintas regiones del mundo. En este sentido, la violencia se presenta como un eje transversal en la cultura de la humanidad.

De este modo, la violencia se configura como un objeto de estudio complejo y multidimensional que, a pesar de haber sido ampliamente abordado por una diversidad de actores —desde centros de investigación académica hasta organizaciones gubernamentales e internacionales, tanto estatales como no estatales—, sigue dando lugar a una multiplicidad de interpretaciones. La heterogeneidad en la definición del concepto y en las metodologías empleadas para su análisis ha generado un panorama marcado por la ambigüedad, en el que el fenómeno es abordado desde distintas disciplinas, cada una con sus propios marcos teóricos, enfoques analíticos y propósitos específicos.

Sin embargo, aunque la violencia puede concebirse como una forma de lenguaje o expresión inherente al individuo, a la sociedad e incluso al propio Estado, es este último el que, en última instancia, asume la responsabilidad de mitigarla. Al esta entidad le corresponde, por tanto, promover alternativas orientadas a la construcción de vías más pacíficas que contribuyan a prevenir la autodestrucción humana.

El Estado no es el único actor capaz de abordar la violencia, un fenómeno con profundas raíces sociales. Sin embargo, en la compleja e interminable búsqueda de sus causas y consecuencias, el Estado se consolida recurrentemente como un agente clave e insoslayable, cuya participación es esencial tanto para comprender el problema como para hacerle frente y mitigar sus efectos.

En este sentido, el enfoque de la seguridad —ya sea en su dimensión nacional, humana o internacional— se presenta como una perspectiva pertinente para el análisis de la violencia. Sin embargo, dicho enfoque enfrenta desafíos intelectuales significativos para aprehender la complejidad del fenómeno, ya que, como se ha mencionado, la violencia ha sido abordada desde múltiples disciplinas y marcos interpretativos que, lejos de ofrecer una visión unificada, contribuyen a su ambigüedad conceptual. En consecuencia, es necesario trascender las miradas reduccionistas y avanzar hacia una aproximación más comprehensiva, que permita captar la multidimensionalidad de la violencia y, a partir de ello, abrir caminos hacia su descomplejización a través de una cultura de paz.

El propósito de este capítulo es ofrecer una reflexión crítica sobre la violencia, abordando su conceptualización, las metodologías empleadas en su estudio y explorando el potencial de la cultura de paz como una alternativa para hacer frente a este fenómeno complejo. Con este fin, el capítulo se estructura en cuatro secciones: i) la violencia como objeto de estudio; ii) la necesidad de complejizar su análisis; iii) la cultura de paz como enfoque alternativo; y iv) conclusiones y recomendaciones.

Desde el punto de vista metodológico, este trabajo se enmarca en un paradigma cualitativo y adopta un enfoque descriptivo, apoyándose en la técnica de recolección documental. La información se organizó en tres categorías: i) el análisis teórico de la violencia; ii) la complejidad como método; y iii) las teorías en torno a la cultura de paz. Para complementar estas fuentes, se incorporaron datos empíricos sobre la violencia en diversas regiones del mundo, extraídos de informes oficiales, documentos emitidos por organizaciones internacionales —gubernamentales y no gubernamentales— y artículos de investigación publicados en revistas indexadas. Con base en este corpus, se realizó un análisis hermenéutico, lo que facilitó la interpretación crítica de los datos, el respaldo de los hallazgos y la formulación de conclusiones.

Violencia como objeto de estudio

Estudiar la violencia representa un desafío significativo, especialmente debido a la amplitud y heterogeneidad del concepto, que abarca desde actos de lucha y dominación hasta diversas formas de represión. Una agenda de investigación plural y,

en ocasiones, fragmentada es evidente en la literatura sobre la violencia, la cual es objeto de estudio de múltiples disciplinas pertenecientes a las ciencias sociales, incluyendo la ciencia política, la sociología, la antropología y la psicología. Esta diversidad conceptual y disciplinaria no solo incrementa la complejidad del fenómeno, sino que también origina múltiples escenarios que dificultan su comprensión integral.

Sin embargo, una primera aproximación metodológica al estudio de la violencia puede rastrearse en los esfuerzos de diversas organizaciones académicas, gubernamentales y no gubernamentales. Estas entidades, tanto a nivel nacional como internacional, han dedicado recursos a un seguimiento riguroso y sistemático del fenómeno, con el propósito de categorizar la violencia y otorgarle un significado concreto en la realidad social.

Una de las organizaciones más importantes en este ámbito es el Instituto para la Economía y la Paz (IEP), con sede en Australia y presencia global. El IEP se dedica a la investigación y producción de conocimiento, siendo particularmente relevante su informe anual sobre el índice de paz global (IPG). Este documento clasifica a los países conforme a sus niveles de paz, convirtiéndose en una fuente recurrente para la prensa internacional al identificar las naciones más violentas o peligrosas, así como aquellas que sobresalen por sus altos niveles de estabilidad y paz en su estructura política.

No obstante, los informes del IEP ofrecen un análisis detallado del nivel de paz en 163 países, que representan el 99,7 % de la población mundial. Esta evaluación se basa en 23 indicadores, tanto cuantitativos como cualitativos, agrupados en tres categorías centrales:

1. Seguridad y protección de la sociedad;
2. intensidad y alcance de los conflictos actuales (nacionales e internacionales);
3. nivel de militarización.

Con base en el estudio realizado por la organización en 2022, se presenta un breve resumen del *ranking* de países evaluados. El propósito es destacar una muestra representativa de naciones que exhiben niveles ejemplares de paz, así como aquellas que registran los resultados más adversos. Es importante destacar que el índice clasifica a los países en seis niveles de paz: muy alto, alto, medio, bajo, muy bajo y no incluido.

Tabla 1. *Resumen del ranking del índice de paz global en 2022*

Rango	País	Puntaje	Nivel
1	Islandia	1107	Muy alto
2	New Zelanda	1269	Muy alto
3	Irlanda	1288	Muy alto
4	Dinamarca	1296	Muy alto
5	Austria	1300	Muy alto
68	Namibia	1908	Medio
69	Argentina	1911	Medio
70	Senegal	1916	Medio
71	Kosovo	1938	Medio
72	Rwanda	1945	Medio
143	Nigeria	2655	Bajo
144	Colombia	2729	Bajo
145	Turquía	2785	Bajo
146	Burkina Faso	2786	Bajo
147	Pakistán	2789	Bajo
148	Venezuela	2798	Bajo
149	Etiopía	2806	Bajo
156	Somalia	3125	Muy bajo
157	Irak	3157	Muy bajo
158	República democrática del Congo	3166	Muy bajo
159	Sudán del Sur	3184	Muy bajo
160	Rusia	3275	Muy bajo
161	Siria	3356	Muy bajo
162	Yemen	3394	Muy bajo
163	Afganistán	3554	Muy bajo

Fuente. Adaptado del Institute For Economic and Peace (2022).

La muestra pone en evidencia que las regiones con los niveles más críticos de violencia —caracterizadas por conflictos armados, una alta militarización y una inseguridad persistente— se concentran principalmente en África, el Medio Oriente y algunos países de América del Sur. En este contexto, Ucrania y Rusia son casos excepcionales debido al conflicto militar iniciado a principios de 2022.

El examen de este índice revela que, aunque no se establece un marco metodológico específico para medir la violencia, esta se manifiesta, de forma implícita,

en las categorías del análisis geopolítico. Dichas categorías permiten comprender del grado de predisposición al uso de la violencia —legítima o ilegítima—, especialmente en relación con los niveles de militarización y conflictividad. En contextos de crisis o guerra, la violencia funge como un medio para materializar los conflictos (guerras, ataques militares y enfrentamientos internos). No obstante, esta aproximación metodológica, aunque indirecta, aporta elementos valiosos al estudio de la violencia, particularmente en su dimensión militar y en su vínculo con las problemáticas políticas y sociales a nivel nacional e internacional.

Por otro lado, el estudio de la violencia puede abordarse mediante criterios de seguimiento metódico más específicos y rigurosamente desarrollados en los ámbitos nacional, regional e internacional. En este contexto, los observatorios desempeñan un papel fundamental. Concebidos como entidades dedicadas al monitoreo sistemático de fenómenos sociales, estos suelen ser impulsados por colectivos académicos y científicos (Marcial, 2009). La promoción de dichos observatorios recae, frecuentemente, en organizaciones no gubernamentales, tanto nacionales como internacionales, o en universidades interesadas en el análisis académico y científico de diversas problemáticas sociales.

Un rastreo preliminar reveló que la violencia, como objeto de estudio, es abordada de manera fragmentada. Asimismo, se identificó un nivel de complejidad intermedio al categorizar los observatorios que analizan esta problemática. Esto se debe a que la violencia suele conceptualizarse en función de sus formas de manifestación, los sujetos a quienes se dirige y las consecuencias que implica para la vida humana, así como para el desarrollo social, político y económico.

Un ejemplo destacado de este enfoque es el Observatorio Interamericano de Seguridad de la Organización de los Estados Americanos (OEA). Este observatorio aborda la violencia tal como se manifiesta en la realidad, valiéndose de diversas categorías analíticas que facilitan su estudio desde múltiples perspectivas.

Tabla 2. *Categorías de análisis empleadas por el Observatorio Interamericano de Seguridad*

Categorías	Indicadores
Homicidio internacional	Delitos
	Víctimas
	Por relación y sexo
	Por nacionalidad y sexo
	Por ciudad

Categorías	Indicadores
Delitos violentos	Actos que causan daño
	Actos lesivos de naturaleza sexual
	Actos violentos contra la propiedad
	Amenaza de violencia contra las personas
	Víctima de una agresión grave
	Víctima de una agresión sexual
Otros delitos	Víctimas de explotación sexual
	Tráfico de armas
	Tráfico de migrantes
	Tráfico de drogas
	Financiación del terrorismo
	Lavado de dinero
Sistema de justicia penal	Hurtos
	Afiliación a grupos terroristas o asociaciones delictivas
	Personas imputadas
Prisiones	Personas condenadas
	Personas condenadas por homicidio intencional
Personal del Sistema de Justicia Criminal	Total de personas recluidas y la caracterización derivada
	Personal al servicio de la política y los entes judiciales y penitenciarios
	Infraestructura de los centros penitenciarios

Fuente. Adaptado de la Organización de los Estados Americanos (2023).

Como se evidencia en la Tabla 2, el seguimiento realizado en la región latinoamericana —que incluye delitos violentos específicos, las formas de ejercer la violencia, el número de personas condenadas por estos actos y el despliegue del personal encargado de la intervención comunitaria— configura un enfoque metodológico centrado en el análisis cualitativo del fenómeno. Esta estrategia analítica no solo permite sistematizar la información disponible, sino también categorizarla como una forma de representación empírica de la violencia.

En este contexto, se identifican observatorios con enfoques especializados, Observatorio Internacional de Estudios sobre el Terrorismo, orientado al análisis del fenómeno terrorista, y el Observatorio de Violencia contra los Refugiados, promovido por el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, que se centra en la violencia ejercida contra poblaciones migrantes y desplazadas. Asimismo, existen numerosos observatorios nacionales dedicados al seguimiento

de distintas formas de violencia, especialmente en regiones como América Latina y África. Entre estos, destaca el notable desarrollo de observatorios enfocados en el estudio de la violencia de género, los cuales han adquirido una relevancia creciente tanto en el ámbito académico y como en el activismo social.

Hasta el momento, se han examinado una serie de variables orientadas a cuantificar la violencia, entendida como un conjunto de experiencias políticas y sociales que repercuten en distintas esferas de la vida colectiva. Sin embargo, es necesario avanzar hacia un análisis más profundo y complejo que posibilite una aproximación a la naturaleza multifacética de la violencia. Solo así será posible emprender un proceso de descomplejización que contribuya a su comprensión crítica del fenómeno y a la formulación de estrategias de abordaje más integrales.

Complejizar la violencia

Como se expuso en la sección anterior, los enfoques predominantes suelen abordar la violencia desde una perspectiva global, apoyándose en variables estandarizadas por organismos internacionales, cuyo objetivo principal es cuantificar y clasificar el fenómeno en función de sus expresiones más visibles. No obstante, una de las premisas centrales de este trabajo es que la violencia debe ser comprendida a partir de un abordaje más profundo, especialmente en regiones como América Latina, donde persiste como un fenómeno estructural complejo, sin soluciones efectivas para sus diversas manifestaciones sociales, políticas y económicas. En este sentido, es imperativo problematizarla desde una perspectiva más intrincada e integradora.

¿Por qué recurrir a la complejidad? Porque este enfoque rechaza la tendencia a individualizar o reducir analíticamente los fenómenos sociales, permitiendo una comprensión más holística. Según Morin (2007), "la complejidad aparece donde el pensamiento simplificador falla" (p. 22). Si bien lo complejo se manifiesta en contextos marcados por el caos y la incertidumbre, su propósito no es perpetuar la confusión, sino contribuir a establecer orden, precisión y, en última instancia, claridad en la interpretación de fenómenos tan multidimensionales como la violencia.

Una de las posturas más relevantes de este autor —y que, a su vez, justifica y sustenta conceptualmente el presente estudio— se centra en la imperiosa necesidad de abordar las problemáticas de la realidad mediante estrategias que trasciendan las soluciones expeditas y acríticas. En contraste, propone una aproximación que reconozca la incertidumbre y la aleatoriedad como componentes intrínsecos de los fenómenos sociales.

En esta línea, se enfatiza la importancia de no fragmentar ni disociar el objeto de estudio, sino de aprehenderlo en su totalidad, considerando los diversos contextos en los que puede manifestarse. Esta concepción emana de una conciencia crítica respecto a los riesgos de la “inteligencia ciega” —entendida como una forma de conocimiento que opera sin reconocer sus propias limitaciones—, y de la perentoria necesidad de superarla.

En este sentido, la preocupación central no radica únicamente en abordar la violencia desde una perspectiva estrictamente conceptual, sino en hacerlo desde un enfoque estatal. Esto responde a la convicción de que es responsabilidad del Estado garantizar la protección de la integridad humana frente a cualquier manifestación que pueda representar una amenaza.

En este contexto, emergen tres dimensiones clave para abordar la violencia: el qué, el cómo y el desde dónde. El “qué” alude a la definición y especificación conceptual de la violencia. La comprensión de sus atributos permite una aproximación más precisa al fenómeno, lo cual es fundamental tanto para su análisis como para desentrañar su complejidad y lograr interpretaciones más holísticas.

El sociólogo noruego Johan Galtung es uno de los intelectuales que ha prestado mayor atención al fenómeno de la violencia. Sus contribuciones trascienden el ámbito científico, influyendo significativamente en la resolución de conflictos. Galtung aborda la violencia con el objetivo de contribuir a la creación de escenarios de paz. Su extensa obra académica proporciona valiosos aportes epistemológicos y teóricos que permiten una comprensión más profunda del fenómeno.

Galtung hace una contribución fundamental al cuestionar la concepción tradicional que considera la violencia como un rasgo intrínseco de la naturaleza humana. Sostiene, en cambio, que, si bien el ser humano posee el potencial para ejercer violencia, su expresión está determinada por el entorno social y estructural en el que se desarrolla. Con base en esta idea, introduce su influyente modelo del triángulo de la violencia, que la concibe como un fenómeno observable en acciones directas (violencia directa), pero sustentado en dimensiones menos obvias: la violencia cultural y la violencia estructural (Galtung, 2004).

Sin embargo, sea cual sea el punto de partida del análisis o la variable independiente elegida, cada manifestación de la violencia está interrelacionada y actúa como causa y efecto de las demás.

En este sentido, Galtung (1990) ya advertía que la violencia directa, dada su visibilidad, tiende a monopolizar la atención. Esto es comprensible, puesto que la opinión pública global suele enfocarse en los acontecimientos coyunturales, que son interpretados como síntomas de una enfermedad histórica.

En este punto, Galtung (1990) desplaza su análisis hacia la violencia estructural y cultural. La primera se define como un tipo de violencia más comprehensiva, que abarca cualquier condición que obstruya el derecho fundamental a la vida. Es decir, la transgresión de necesidades humanas esenciales —como la supervivencia, el bienestar, la identidad y la libertad— constituye una manifestación de violencia estructural.

En este sentido, todo aquello que vulnera las necesidades básicas — como la miseria, el acoso, el adoctrinamiento, la represión o la alienación— constituye una forma de violencia. Aunque no siempre se manifiestan como agresiones directas, son más insidiosas y duraderas, ya que emergen de las estructuras políticas y económicas del Estado. Para Galtung (1990), la segunda categoría, la violencia cultural, actúa como un puente entre la violencia estructural y la violencia directa. Es importante destacar que es precisamente en el ámbito cultural donde se gesta la legitimación que justifica y racionaliza ambas formas de violencia.

A pesar de la interconexión entre estos tipos de violencia y su potencial para actuar como causa y efecto recíprocos, es indispensable discernir una diferencia fundamental, especialmente al analizarlos desde las esferas individual, colectiva, estatal y cultural. La violencia directa siempre se manifiesta como un acontecimiento; la estructural, como un proceso inestable; y la cultural, como un fenómeno persistente.

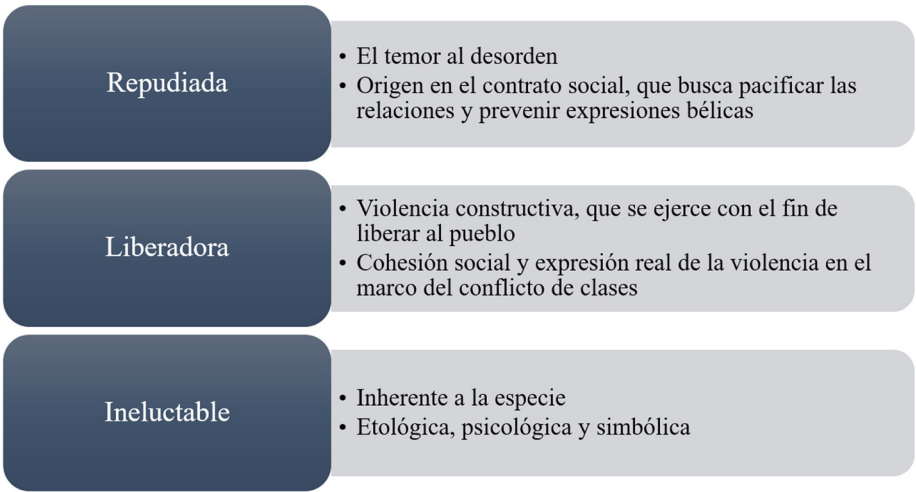
Galtung se enfoca en esta última al postular que la principal tarea del ámbito académico es identificar los mecanismos adecuados para contrarrestar un comportamiento difícil de erradicar: la cultura de la violencia (Tavares, 2013).

Este breve recorrido por la teoría del Galtung permite extraer una primera conclusión: se trata de un fenómeno multidimensional cuyas raíces residen tanto en el comportamiento individual como en el colectivo. En este sentido, cualquier intento por comprenderla exige considerar no solo sus manifestaciones concretas, sino también el contexto en el que se origina y cobra sentido. No obstante, independientemente del ámbito en que se exprese, la violencia comparte una constante: la producción de daño.

Esta perspectiva se alinea con la definición propuesta por Sanmartín (2007), quien sostiene que la violencia constituye una forma de agresividad modificada por factores socioculturales. A diferencia de los impulsos automáticos, implica una intencionalidad orientada al daño, cuya manifestación varía en función de diversos factores. Consecuentemente, es posible clasificarla en distintas categorías —activa o pasiva— y tipologías, según la naturaleza del daño, los métodos empleados o el destinatario de la conducta violenta.

Por lo general, el concepto de violencia se aborda a partir de categorías que permiten su clasificación y análisis sistemático. En consonancia con los autores mencionados, Crettiez (2008) propone una tipología que integra enfoques filosóficos, políticos y psicológicos, ofreciendo así una comprensión más integral del fenómeno.

Figura 1. *Categorías de la violencia por enfoque*



Fuente. Adaptado de Crettiez (2008).

De esta categorización se desprende que la violencia no exhibe únicamente una connotación negativa, sino que también puede ser percibida como positiva, justa e incluso liberadora.

Los conceptos y categorías analizados representan una contribución significativa al estudio científico de la violencia, en la medida en que posibilitan su problematización desde una multiplicidad de marcos teóricos y contextuales. No obstante, este análisis no solo amplía la comprensión del fenómeno, sino que también plantea un interrogante de mayor alcance, que desplaza la discusión hacia dimensiones éticas y prácticas: ¿es posible erradicar o prevenir la violencia? Y, de ser así, ¿cuáles serían las condiciones necesarias para su materialización?

Según la teoría microsociológica formulada por Collins (2008), los enfoques predominantes tienden a identificar antecedentes y analizar condiciones que, directa o indirectamente, favorecen su aparición. Si bien estas aproximaciones aportan valor al conocimiento científico, no logran explicar plenamente la dinámica del

fenómeno. Esto se debe a que factores como la pobreza, la discriminación, el abuso o el estrés no constituyen condiciones suficientes para su manifestación. En consecuencia, las explicaciones causales casi siempre son relativas, contextualmente dependientes y, en muchos casos, insuficientes para dar cuenta de su irrupción.

El autor señala que los estudios centrados en el análisis situacional de la violencia parten de una hipótesis: la presunción de que la violencia es una conducta que tiende a emerger con mayor facilidad que otras. Como consecuencia, ciertas condiciones son más propensas a desencadenar episodios violentos.

No obstante, Collins (2008) plantea que la violencia no emerge con la espontaneidad que comúnmente se le atribuye. Para que se manifieste, es necesario cruzar ciertos umbrales de tensión, confrontación o conflicto, los cuales dependen de condiciones específicas y de dinámicas interaccionales particulares. Aunque la violencia puede funcionar como medio o instrumento, no debe entenderse como una reacción inmediata ni inevitable.

Es necesario diferenciar la agresión de la violencia. La agresión, vinculada a factores biológicos y a impulsos primarios, no necesariamente culmina en un acto violento, ya que no todas las conductas agresivas presuponen un daño intencionado. En cambio, la violencia siempre extraña una manifestación agresiva, caracterizada por la intención deliberada de causar daño o sufrimiento.

Las reflexiones de este autor son especialmente pertinentes para comprender la violencia, un fenómeno que, habitualmente, se ha investigado desde una lógica lineal de causa y efecto. Sin embargo, también es necesario abordarlo desde una perspectiva no lineal, en la que la complejidad se presenta como una alternativa válida. Así, la violencia se revela como un fenómeno que emerge del desorden social, la frustración y la irracionalidad.

Violencia y complejidad

La complejidad surge al reconocer que la violencia no es un fenómeno unidimensional, unicausal ni susceptible de ser abordado desde un único enfoque analítico o conceptual. Cabe destacar que su manifestación es ambigua y difícil de categorizar. Para comprenderla y, en última instancia, prevenirla o controlarla, es inviable adoptar una visión reduccionista. Precisamente en esta complejidad radica el verdadero desafío: determinar desde qué enfoques y estrategias es posible construir respuestas efectivas. Tanto en la teoría como en la práctica, la violencia exige múltiples interpretaciones, aunque el propósito común sea entenderla y mitigar sus efectos.

[...] Aunque moverse en el terreno de lo teórico es complejo, la situación se complejiza aún más cuando incursionamos en el terreno de la intervención. Si bien en el primero puede bastar con una postura inclusiva, en la que se integren los diversos factores intervinientes y se mantenga un adecuado vaivén entre la teoría y la práctica, en el terreno de la intervención juegan, además de los diversos factores, las particularidades específicas de las situaciones a trabajar, la interinfluencia entre los profesionales, los sujetos sociales, la problemática y las fuerzas contextuales tanto macro como micro. Es decir, en la teoría hay una inclinación hacia el plano de las ideas, y en la intervención, la inclinación se encuentra en el plano de las acciones. (Sánchez y Escobar, 2007, p. 59)

En este contexto, Quiroz y Chávez (2022) proponen tres categorías para abordar la violencia desde la complejidad: la no linealidad, los conjuntos borrosos y la teoría de los fractales. Aunque estas categorías provienen de las ciencias formales, como las matemáticas, y se aplican al estudio de objetos abstractos, también son útiles para analizar fenómenos caracterizados por el caos y la complejidad.

Con el tiempo, la no linealidad se ha consolidado como un enfoque interdisciplinario que, aunque arraigado en las ciencias naturales, ha extendido su aplicación a las ciencias sociales. Si bien su premisa base es la causalidad, este enfoque cuestiona la idea de que todos los fenómenos deriven exclusivamente de causas lineales, caracterizadas por patrones predecibles, regulares y estables. La no linealidad surge cuando un fenómeno exhibe un comportamiento errático o inestable, lo que impide rastrear, de manera lineal, la trayectoria de su causa. En tales circunstancias, emergen la confusión, el desorden y escenarios complejos que desafían y superan las explicaciones convencionales (Quiroz y Chávez, 2022).

Autores como Chaparro (2008) destacan que este enfoque contempla dos perspectivas al analizar los fenómenos: i) los sistemas ordenados que evolucionan hacia el caos; ii) y aquellos que emergen del caos para formar un nuevo orden. La primera se asocia con los atractores extraños, que revelan una estructura ordenada en la trayectoria del sistema, la cual, no obstante, culmina en el caos. La segunda, vinculada a las estructuras disipativas, describe procesos de autoorganización espontánea que surgen en medio del caos.

Ambos enfoques, de una u otra manera, emanan de una problemática fundamental: la imperiosa necesidad de simplificar el análisis, dada la gran cantidad de variables y componentes involucrados, así como la complejidad derivada de sus interacciones no lineales (Agüero, 2013).

La teoría de los conjuntos borrosos (*fuzzy sets*), concebida por el matemático Lotfi Zadeh, brinda una perspectiva valiosa sobre la forma en que se representan y categorizan los datos. Según esta teoría, las etiquetas lingüísticas son esenciales en el pensamiento humano, ya que facilitan una categorización flexible y gradual de los elementos (Universidad Internacional de Valencia, 2018).

Este enfoque se centra, precisamente, en lo que escapa a las definiciones y clasificaciones estrictas. Su propósito es dar sentido a aquello que solo puede ser comprendido parcialmente, lo que permite abordar fenómenos complejos con mayor flexibilidad conceptual (Juca et al., 2020). También se consolida como una herramienta metodológica valiosa para describir la realidad de las relaciones sociales complejas. Como señalan Quiroz y Chávez (2022), "la lógica difusa permite la creación de umbrales para el análisis de las variables y permite la utilización de información subjetiva, vaga, incierta y difícil para transformarla en información comprensible" (p. 10).

Finalmente, se aborda la teoría de los fractales, cuyo objetivo es ofrecer una comprensión geométrica y matemática de fenómenos naturales que carecen de un orden establecido (Quiroz y Chávez, 2022). Por lo general, estos fenómenos son resultado de la autoorganización del sistema, y su estructura emergente solo puede reconocerse a medida que toma forma dentro del caos. Cabe destacar que esta forma puede ser inestable, irregular o interrumpida (Álvarez, 2012; Quezada, 2006).

Seguridad, violencia y cultura de paz

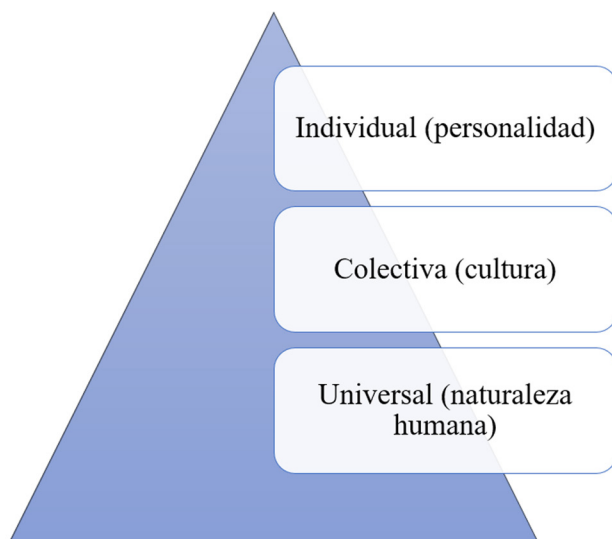
Hasta este punto, ha quedado claro que la violencia dista de ser un concepto exacto o un fenómeno unidimensional. Su complejidad representa tanto un obstáculo interpretativo como una vía analítica fértil para su estudio, independientemente de su tipología, dimensiones o efectos. A lo largo de este documento, se ha desarrollado una premisa compartida por diversos autores: la violencia no es un acto natural per se, sino que puede aparecer y desaparecer en función de condiciones contextuales específicas (Collins, 2008; Crettiez, 2008; Galtung, 2004).

Incluso desde una perspectiva aristotélica, la violencia puede concebirse como una capacidad en potencia, es decir, como una posibilidad latente de transformación del comportamiento humano (Xirau, 2003). En este marco, la violencia directa puede interpretarse como el paso al acto o la actualización de esa posibilidad latente, desencadenada por determinadas condiciones contextuales que propician una respuesta violenta.

En este sentido, si el comportamiento violento se activa a partir de condiciones contextuales específicas, entonces es en esos mismos contextos donde deben

buscarse las claves para comprender y enfrentar la violencia. Desde esta perspectiva, la cultura y la paz se convierten en herramientas clave para su descomplejización. ¿Por qué? Porque la cultura, según el enfoque propuesto por Hofstede, puede concebirse como una programación mental colectiva. Esta programación puede ser heredada, aprendida o asumida (Fariás, 2007).

Figura 2. Niveles de programación mental, según Hofstede



Fuente. Adaptado de Fariás (2007).

La programación individual hace referencia al hecho de que gran parte del comportamiento humano es heredado, lo cual se manifiesta en la similitud de ciertas habilidades o características entre los miembros de una misma familia o entorno inmediato. Por su parte, la programación colectiva —categorizada como cultural— corresponde a un aprendizaje compartido por un grupo social más amplio. Finalmente, la programación universal comprende los elementos culturales que son reconocidos y aceptados globalmente, constituyéndose así en una parte esencial de la naturaleza humana (Fariás, 2007).

Esta concepción de la cultura es crucial para comprender el comportamiento violento en las sociedades contemporáneas. La violencia —entendida como una potencia, es decir, como una posibilidad latente— puede surgir como respuesta a los desafíos del entorno. Desde la lógica de los niveles de programación mental, esta predisposición puede manifestarse a nivel individual, colectivo o incluso universal.

Las categorías establecidas por el Observatorio Interamericano de Seguridad incluyen, entre otras, el seguimiento de la violencia por razones de género. En este contexto,

el caso colombiano resulta particularmente preocupante. En 2022, se reportó que tres mujeres por hora —equivalentes a 128 al día— fueron víctimas de violencia intrafamiliar, sumando un total aproximado de 47 000 casos en ese periodo (Procuraduría General de la Nación, 2023). Este escenario pone en evidencia que, incluso en los núcleos más fundamentales de la sociedad, como la familia, se perpetúan patrones violentos profundamente arraigados. En países como Colombia, estas conductas pueden interpretarse como manifestaciones de una programación cultural individual influida por estructuras socioculturales de carácter machista.

En el segundo nivel de la programación cultural, denominado *colectivo*, se manifiestan conductas asociadas a la violencia estructural, entendida como aquella ejercida en el ámbito institucional y que se traduce en injusticia social (La Parra y Tortosa, 2003). Este tipo de violencia se hace evidente, por ejemplo, en el fenómeno del crimen organizado en América Latina, una problemática de gran envergadura en países como Colombia, Bolivia, Brasil, Salvador, Guatemala, México, Honduras y Panamá, entre otros. La violencia estructural se materializa a través de actividades ilícitas, como el narcotráfico, la trata de personas, el lavado de activos, el tráfico de armas y el contrabando.

Este panorama configura una respuesta colectiva que se gesta en las zonas de mayor exclusión socioeconómica y abandono estatal, constituyéndose en una alternativa inscrita en la programación cultural de dichas comunidades. Por un lado, esta dinámica entraña una ruptura violenta con la cultura legal del Estado. Por otro, la violencia —o la amenaza explícita de su aplicación— se erige como la principal herramienta para la materialización y perpetuación de estas actividades ilícitas.

Asimismo, en el nivel universal, la programación violenta se manifiesta en la concepción de la guerra como un medio legítimo para la conquista y la defensa de la soberanía. La guerra ha sido un fenómeno recurrente en la historia de la humanidad. Si bien la conquista ha definido buena parte de ese recorrido, la defensa de la soberanía adquiere un papel central a partir de la consolidación del Estado moderno, cuando la delimitación de las fronteras y la seguridad nacional pasan a ocupar un lugar prioritario.

Desde una perspectiva hobbesiana, el reconocimiento de la necesidad del gobierno se fundamenta en la preservación de la seguridad colectiva. En este sentido,

la historia, atravesada por innumerables conflictos entre Estados, ha contribuido a la legitimación de la guerra, al punto de promover su regulación, como lo demuestra el desarrollo del derecho internacional humanitario.

La violencia atraviesa todas las esferas sociales. Aunque no pueda considerarse inherente a la naturaleza humana, su manifestación es altamente sensible al contexto, y su recurrencia histórica sugiere un proceso de aculturación e incluso de normalización de las conductas violentas. Sin embargo, es precisamente en el ámbito cultural donde pueden encontrarse herramientas para contrarrestarla. En este sentido, la construcción de una cultura de paz se presenta como una vía viable para enfrentar la violencia en sus múltiples expresiones. Al respecto, Galtung concibe la paz como la negación de la violencia; es decir, un entorno será pacífico en la medida en que prevalezca la ausencia de actos violentos (Tavares, 2013).

La ausencia de violencia se materializa en la noción de cultura de paz, entendida como un entramado de valores, actitudes, comportamientos y prácticas que rechazan la violencia en todas sus formas, promueven los derechos humanos y fomentan principios fundamentales como la libertad, la justicia, la solidaridad y la tolerancia. Esta concepción fue consolidada por la Organización de las Naciones Unidas en la Declaración sobre una Cultura de Paz (1999). Su artículo 1 define este enfoque como una actitud y una práctica social sustentada en el respeto por la vida, la soberanía, la igualdad, la libertad de expresión y la resolución pacífica de los conflictos. Esta declaración subraya la imperiosa necesidad de reconfigurar el comportamiento violento de la humanidad (Amnistía Internacional, 1999).

A pesar de las declaraciones y los principios establecidos en torno a la cultura de paz, persiste un interrogante fundamental: ¿qué estrategias concretas y políticas efectivas están implementando los Estados para avanzar realmente hacia ese objetivo? Con este fin, la Organización de las Naciones Unidas ha liderado programas y promovido estrategias mediante las decisiones, los pronunciamientos, las funciones y las mediaciones del Consejo de Seguridad, la Asamblea General y el secretario general. Entre las acciones emprendidas, sobresalen aquellas vinculadas a la diplomacia preventiva y al desarme, concebidas como mecanismos para alertar sobre amenazas a la paz y a la seguridad internacional, así como para mitigar o evitar la escala de conflictos. Estas medidas pueden incluir desde la reducción del porte de armas en escenarios de tensión hasta su destrucción, bajo la premisa de que "destruir las armas del pasado evita que se utilicen en las guerras del futuro" (Organización de las Naciones Unidas, s. f., s. p.).

Aunque la Organización de las Naciones Unidas realiza esfuerzos significativos para promover una cultura de paz, es necesario admitir su insuficiencia. La

cultura de la violencia es un fenómeno mucho más complejo, que trasciende el alcance de las políticas y estrategias globales. Si bien los programas internacionales buscan atender desafíos específicos en regiones como África, América Latina o Medio oriente, la complejidad de la violencia supera el impacto coyuntural de cada conflicto regional. Por lo tanto, la promoción de una cultura de paz no puede abordarse desde una perspectiva reduccionista, sino desde un enfoque que reconozca su complejidad. Dado que los conflictos son multifactoriales y suelen manifestarse de manera confusa y desordenada, la construcción de una cultura de paz también debe serlo.

Desde una perspectiva biológica y compleja, Muñoz y Molido (2010) reconocen este escenario y sostienen que la humanidad está intrínsecamente vinculada a su entorno. El ser humano ha desarrollado mecanismos de aprendizaje y control orientados a mantener un equilibrio dinámico con el medio. En esta dinámica convergen los instintos, las emociones, la racionalidad y la libertad, elementos que intervienen en la toma de decisiones fundamentales para la continuidad y evolución de la especie. Sin embargo, estas decisiones también pueden ser contradictorias, generando así un estado latente de tensión esquizofrénica que dificulta la resolución de los problemas esenciales de la vida.

En consecuencia, la racionalidad, el instinto y las emociones deben ser el punto de partida para comprender e interpretar la conflictividad inherente al ser humano. En esa dimensión se delinean las estrategias para la resolución de conflictos, que pueden derivar tanto en soluciones pacíficas como en la intensificación de los episodios de violencia. Sin duda, esta es una visión compleja que exige repensar y profundizar en la cultura de paz, especialmente en lo que respecta a los mecanismos culturales que, históricamente, se han establecido para resolver los conflictos.

No obstante, este desafío requiere un esfuerzo articulado entre los Estados, la comunidad académica y los distintos enfoques metodológicos y epistemológicos orientados a estudiar y abordar los conflictos. En otras palabras, es indispensable adoptar un enfoque basado en la complejidad para el desarrollo de una nueva cultura de paz. Como advierten Muñoz y Molido (2010), esta no es una tarea sencilla:

Aspirar a gestionar la complejidad de la Cultura de Paz no es tarea fácil, son necesarios esfuerzos individuales e institucionales, académicos y científicos, solidarios y cooperativos. Existe la ventaja de contar con innumerables aportaciones interesantes y útiles, pero la dificultad reside tanto en la dispersión de sus objetos de estudio, como en las metodologías empleadas. (p. 49)

Sin embargo, si se pretende avanzar hacia mecanismos más eficaces para enfrentar los episodios de violencia que atraviesan todas las esferas de la vida humana, es necesario un enfoque que articule múltiples factores. Esto permitirá comprender y capturar la complejidad del conflicto. El objetivo no debe limitarse únicamente a reducir la violencia, sino a propiciar un proceso de aculturación de la paz, sustentado en la razón, el equilibrio y la tolerancia, e integrado en la tradición, la institucionalidad y el pensamiento humano.

En este sentido, toda estrategia, política pública, programa o iniciativa diseñada para romper los ciclos de violencia debe evitar intervenciones reduccionistas. En su lugar, debe transitar un camino que permita complejizar y descomplejizar el fenómeno. Esto implica reconocer que los efectos limitados de muchas políticas educativas, de seguridad o de intervención social pueden deberse a que operan desde una racionalidad acelerada y reactiva, motivada por un instinto de supervivencia. Esta racionalidad impide observar la violencia en su totalidad, dado que centra su atención únicamente en sus manifestaciones más visibles —como el homicidio, el uso de armas o la agresión sexual—, dejando de lado sus dimensiones estructurales, simbólicas y culturales.

Conclusiones

La violencia es un fenómeno que ha suscitado un creciente interés en el ámbito académico y se ha convertido en objeto de múltiples investigaciones. Sin embargo, aún requiere nuevos enfoques que permitan comprender su dinámica en el contexto de las relaciones sociales. En este sentido, el presente trabajo propone complejizar su análisis con el fin de identificar alternativas que trasciendan la conceptualización y avancen hacia una etapa de intervención que garantice resultados efectivos.

Este trabajo demostró que, en el ámbito estatal, la violencia tiende a abordarse desde enfoques metodológicos y epistemológicos que priorizan sus manifestaciones e impactos sociales, mientras que sus causas profundas y posibles soluciones, a menudo, se relegan a un segundo plano. En conclusión, esta aproximación denota una comprensión limitada del fenómeno, que demanda marcos analíticos más holísticos y actuales.

Por lo tanto, se presentaron una serie de visiones alternativas basadas en los enfoques de la complejidad y el caos, considerados herramientas potenciales para el estudio de la violencia. Entre ellas, destacan conceptos como la no linealidad,

los conjuntos borrosos y los fractales. Asimismo, se argumentó que una cultura de paz tendría mayores posibilidades de contrarrestar el comportamiento violento, en tanto permite intervenir en los diversos niveles en los que la cultura reproduce prácticas violentas, mediante un proceso de aculturación orientado a la resolución pacífica de los conflictos.

De este modo, actores como el Estado podrían disponer de nuevas alternativas para enfrentar el desafío que representa la violencia, entendida como una amenaza latente para la seguridad estatal. Este fenómeno exige un abordaje multidimensional, ya que tanto sus causas como sus consecuencias desbordan los límites de enfoques lineales o simplistas. En efecto, las explicaciones causales convencionales suelen revelar síntomas superficiales, sin considerar otros factores determinantes, que, a menudo, son ignorados por los propios actores institucionales. Esta limitación contribuye a la ineficacia de las respuestas estatales.

Referencias

- Agüero, M. (2013). *Procesos no lineales en la ciencia y la sociedad*. Universidad Autónoma del Estado de México.
- Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados. (8 de febrero de 2022). Brasil: ACNUR celebra la creación del Observatorio de Violencia contra los Refugiados por parte del CONARE. <https://www.acnur.org/noticias/press/2022/2/6202fd334/brasil-acnur-celebra-la-creacion-del-observatorio-de-violencia-contra-los.html>
- Álvarez, G. (2012). Caos/complejidad, fractales e identidades sociales. *Razón y Palabra*, 79, 1-21. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=199524411055>
- Chaparro, G. (2008). No linealidad, complejidad y sistemas sociales. *Antropología y Sociología*, 10, 197-219. http://vip.ucaldas.edu.co/virajes/downloads/virajes10_8.pdf
- Collins, R. (2008). *A Micro-Sociological Theory*. Princeton University Press.
- Crettiez, X. (2008). Las forma de la violencia. Waldhuter.
- Fariás, P. (2007). Cambios en las distancias culturales entre países: Un análisis a las dimensiones culturales de Hofstede. *Opción*, 23(52), 85-103. http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1012-15872007000100007
- Galtung, J. (1990). La violencia: cultural, estructural y directa. *Journal of Peace Research*, 27(3), 291-305.
- Galtung, J. (2004). Violencia, guerra y su impacto: sobre los efectos visibles e invisibles de la violencia. *Polylog: Forum for Intercultural Philosophy*, 5, 1-29. <https://red.pucp.edu.pe/wp-content/uploads/biblioteca/081020.pdf>
- Institute For Economic and Peace. (2022). *Global Pax Index 2022. Measuring Peace in a Complex World*. <https://www.economicsandpeace.org/wp-content/uploads/2022/06/GPI-2022-web.pdf>
- Juca, F., García, M., y Carrión, J. (2020). La lógica borrosa y su importancia en la búsqueda y recuperación de información en la web. *Universidad y Sociedad*, 12(2), 306-311. http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2218-36202020000200306
- La Parra, D., y Tortosa, J. (2003). Violencia estructural: una ilustración del concepto. *Documentación Social*, 131, 57-72. <http://rua.ua.es/dspace/handle/10045/23375#vpreview>
- Marcial, A. (2009). ¿Qué son los observatorios y cuáles son sus funciones? *Innovación Educativa*, 9(47), 5-17. <https://www.redalyc.org/pdf/1794/179414895002.pdf>
- Morin, E. (2007). *Introducción al pensamiento complejo*. Gedisa.
- Muñoz, F., y Molina, B. (2010). Una cultura de paz compleja y conflictiva. La búsqueda de equilibrios dinámicos. *Paz y Conflictos*, 3, 44-61. <https://revistaseug.ugr.es/index.php/revpaz/article/view/441/493>
- Observatorio Internacional sobre el Terrorismo [OIET]. (s.f.). *Violencia y terrorismo de extrema derecha*. <https://observatorioterrorismo.com/tag/filipinas/>

- Organización de las Naciones Unidas. (16 de septiembre de 2021). Paz, con dignidad e igualdad en un planeta sano. <https://diarioresponsable.com/noticias/31828-paz-con-dignidad-e-igualdad-en-un-planeta-sano-las-claves-de-una-agenda-global-comun>
- Organización de los Estados Americanos [OEA]. (2023). *Observatorio Interamericano de Seguridad*. <https://www.oas.org/IOS/indicators.aspx?lang=es>
- Procuraduría General de la Nación. (2023). 3 mujeres cada hora, 128 al día y 47 mil en el 2022, fueron víctimas de violencia intrafamiliar: Procuraduría (Boletín n o 280). <https://www.procuraduria.gov.co/Pages/3-mujeres-cada-hora-128-al-dia-y-47-mil-en-2022-fueron-victimas-de-violencia-intrafamiliar-procuraduria.aspx#:~:text=%2D%20El%20reporte%20de%20ex%C3%A1menes%20m%C3%A9dico,efectuados%20por%20presunto%20delito%20sexual>
- Quezada, A. (2006). *Fractales y opinión pública: una aplicación del exponente de Hurst al estudio de la dinámica de la identificación ideológica* [Tesis de doctorado, Universidad de Barcelona]. TDX Tesis Doctorals en Xarxa. https://diposit.ub.edu/dspace/bitstream/2445/42744/1/AQL_TESIS.pdf
- Quiroz, M., y Chávez, S. (2022). Violencia, caos y complejidad. *Enseñanzas e Investigación en Psicología*, 4(3), 717-736.
- Robles, R. (2004). Violencia y seguridad. *Revista Electrónica de Ciencia Penal y Criminología*, 6, 1-3. <http://criminnet.ugr.es/recpc/06/recpc06-r1.pdf>
- Sánchez, L., y Escobar, M. (2007). Violencia familiar: un secreto a voces. Complejidad e intervención. *Trabajo Social*, 9, 57-73.
- Sanmartín, J. (2007). ¿Qué es violencia? Una aproximación al concepto y a la clasificación de la violencia. *Revista de Filosofía*, 42, 9-21. <https://revistas.um.es/daimon/article/view/95881>
- Tavares, F. (2013). Os conceitos de paz e violência cultural: Contribuições e limites da obra de Johan Galtung para a análise de conflitos violento. *Athenea Digital*, 13(2), 169-177.
- Olivas, A. J. (22 de marzo de 2018). *Zadeh (D.E.P), la lógica borrosa y el análisis de datos masivos*. Universidad Internacional de Valencia. <https://www.universidadviu.com/es/actualidad/nuestros-expertos/zadeh-dep-la-logica-borrosa-y-el-analisis-de-datos-masivos>
- Xirau, R. (2003). *Introducción a la historia de la filosofía*. Limusa.